



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Hispano-América siglo XIX:
ruptura y reencuentro

Autor: Zea Aguilar, Leopoldo

Forma sugerida de citar: Zea, L. (1990). Hispano-América
siglo XIX: ruptura y reencuentro.
Cuadernos Americanos, 1(19),
97-107.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año IV, núm. 19, (enero-febrero de 1990).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY - NC - ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licences/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

HISPANO-AMERICA SIGLO XIX. RUPTURA Y REENCUENTRO

Por *Leopoldo ZEA*
CCYDEL, UNAM

JOSÉ GAOS, ese extraordinario transterrado español en el que se conjuga España con la América a la que la aventura de 1492 dio origen, sostenía que "El movimiento iniciado en el siglo XVIII en España y en la América española se presenta como un movimiento único, de independencia espiritual y política, con respecto a una vieja Hispano-América imperial y una, de una plural Hispano-América nueva, con una constitutiva ideología ochonoventista, democrática, liberal y republicana, antiimperialista". Todo el siglo XIX escenificó esta lucha por cambiar una identidad que a lo largo de tres siglos había sido impuesta a uno y otro lado del Atlántico. La aventura colombina del 12 de octubre de 1492, por la que España se convirtió en la primera gran potencia colonial e imperial que pasara a la historia a partir, más o menos, de 1810, culminó en 1898, año en que otra nueva y pujante potencia hacía suyo el derecho a ocupar el "vacío de poder" que dejaban, en primer lugar España y posteriormente la Europa imperial al término de la Segunda Guerra Mundial en 1945. Parejas y graves crisis de identidad se plantean a los pueblos en la Península Ibérica y en el subcontinente hispanoamericano. La crisis de una España que se siente fuera de una historia cuyo liderazgo está, ya hace tiempo, al otro lado de los Pirineos y del Canal de la Mancha; crisis de una Hispano-América que se siente al margen de esta misma historia cuya conducción vienen reclamando ya los Estados Unidos de la América del Norte al otro lado del Río Bravo.

Al iniciarse el movimiento de independencia en Hispano-América, pese a la arrogancia de la España imperial, "muchos de los españoles residentes en la América española —dice Gaos—, e inclusive algunos de los residentes en España comprendieron simple-

mente con mayor o menor sagacidad histórica, la solidaridad de una nueva España con la conversión de las colonias en naciones. En cambio, no comprendió la suya con esta conversión la Primera República española". Pero tampoco comprendieron a la América Española los representantes españoles que en las Cortes de Cádiz se negaron a reconocer la igualdad de los pueblos de esta América con los pueblos de los reinos en la Península. Incluso se dudó, como en el pasado colonial, de la capacidad para el autogobierno, por un origen racial o por ello humano de los habitantes de esta América. La arrogancia se impuso aun en el mismo momento en que España enfrentaba la invasión extranjera y un monarca impuesto desde el otro lado de los Pirineos. Poco después, José Martí, que en nombre de su pueblo, Cuba, trata de romper no con España, sino con el dominio impuesto por el imperio, se duele de la incompreensión de la Primera República a las demandas de reconocimiento de libertad republicana de la república al otro lado del Atlántico. No se acepta la relación fraterna y se insiste en el paternalismo propio para los "homúnculos" de que hablaba Juan Ginés de Sepúlveda.

Gaos resume esa historia de desencuentros originados en arrogancias diciendo: "En el siglo XVIII se inicia la independencia espiritual de la metrópoli respecto de sí misma, se consuma la de las colonias respecto de la metrópoli: se inician las nuevas naciones hispano-americanas, entre ellas una nueva España. La mayoría de las continentales lograron la independencia política dentro del primer tercio del siglo XIX; la última en lograrla, la de los insulares, a fines del mismo siglo; la peninsular no la ha logrado todavía". Palabras escritas por José Gaos en 1945, después que la Segunda República Española ha sido aniquilada y los republicanos dispersados.¹ "España —escribe Gaos— es la última colonia de sí misma, la única nación hispano-americana que del común pasado imperial, queda por hacerse independiente, no sólo espiritual, sino también políticamente".

José Gaos muere en su traslado en México en 1969, por lo que no alcanza a ver la España democrática que surge en 1975, al morir Francisco Franco. Es el reinicio de la historia así resumida por Gaos en el que parece va cambiando la relación imperial paternalista y aceptándose la relación fraterna. Una relación en la que la iniciativa será tomada por la América española. Más clarividentes y generosos que los hombres de la Primera República española, sigue Gaos,

¹ José Gaos, *Pensamiento en lengua española*, México, Stylo, 1945.

“los constituyentes de la nueva Hispano-América en América, muy en primer término en México, han comprendido la suya con la Segunda República española, ayudándola combatiente y acogiéndola derrotada y desterrada, reemplazando un anti-hispanismo que seguía siendo reacción contra la vieja España por un hispanismo que promete ser percepción definitiva de la nueva y adopción relativamente a España de una actitud pareja a la adoptada por las naciones hispano-americanas que se habían hecho ya independientes relativamente a las que seguían sujetas a las fuerzas del Imperio”.

Crisis de identidad a uno y otro lado del Atlántico, en la Península Ibérica y en la América Hispana. Problemas de identidad que tendrán diverso origen, el uno ante la conciencia de la decadencia imperial, el otro frente a una identidad que se suponía era impuesta imperialmente. “En el siglo XVIII —continúa Gaos— se inició en España y sus colonias americanas el que debe considerarse un mismo movimiento por la identidad de sus orígenes y de su dirección. En España un movimiento de renovación cultural, de reincorporación después de la decadencia inmediatamente anterior, de revisión, de crítica del pasado que había concluido en aquella decadencia”. El “primero, un movimiento de independencia espiritual y política respecto directamente de la metrópoli”. “Ambos, en conclusión, movimientos de independencia respecto del pasado propio, que es el mismo”. Pero, y esto ya sólo lo insinúa Gaos sin precisarlo, el uno respecto del pasado inmediato, la decadencia en que ha culminado el imperio al que dio inicio Colón en 1492. El otro frente al largo pasado imperial. El uno para ¿rehacer el imperio? El otro para ¿acabar con el imperio? Esta distinción quizá explique las arrogantes incomprensiones en las Cortes de Cádiz y las de la Primera República frente a los reclamos de independencia de la América Española. Pero son, al final de cuentas, las mismas fuerzas que siguen tanto a las que regresan con Fernando VII después de la invasión napoleónica, como a las que anulan la Primera y la Segunda Repúblicas españolas. Fuerzas que añoran el viejo pasado imperial.

Estas fuerzas han sobrevivido a uno y a otro lado del Atlántico, dice Gaos: “Han sobrevivido dentro de las nuevas naciones independientes, en las clases o grupos sociales y políticos que han seguido siendo partidarios del pasado o de lo que éste representaba espiritual, social, materialmente; que se opusieron a la independencia y han reaccionado repetidamente contra las manifestaciones y efectos del consecuente desarrollo histórico del movimiento

de independencia espiritual y políticamente, apoyando movimientos culturales y hasta políticos y bélicos retrógrados". Se trata de los mismos grupos que en las colonias hablaban de un orden español para América sin España, y los que frustraron las repúblicas en la Península: "de clases o grupos sociales y políticos con el espíritu de la vieja España imperial —sigue Gaos—, si no con un ideal preciso y expreso programa de restauración del Imperio, pero sin fuerza para imponerse a los demás habitantes de las naciones independientes de la América española, pervive aún el pasado imperial dentro de éstas". Este espíritu imperial se mantuvo en el continente americano hasta que los movimientos de independencia le pusieron fin, y se mantendrá aún en la América insular, Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo hasta que otro imperio se las arrebató en 1898; y seguirá vivo en la mente española hasta nuestros días anulando a la Segunda República.

Los españoles a partir del siglo XVIII y a lo largo del XIX hasta llegar al XX estaban preocupados por el atraso material, científico y técnico respecto de la Europa al otro lado de los Pirineos, del cual, obviamente, se había originado la decadencia, la de la España imperial. Esta decadencia se había iniciado cuando se destruyó la Armada Invencible con la que España trató de dominar a Inglaterra para castigar la heterodoxia. La técnica que había permitido a don Juan de Austria vencer a los turcos en Lepanto no era la técnica adecuada para hundir a los ágiles navíos de Isabel Tudor. El historiador francés Fernand Braudel ha analizado cuidadosamente este hecho en su libro *El Mediterráneo en la época de Felipe II*. Recuperar la iniciativa imperial recuperando la ciencia y la técnica y a la altura en que se encontraban en las naciones europeas, será preocupación central del pensamiento español desde Feijoo y Cadalso hasta la generación del 98 y el mismo filosofar del que partió José Ortega y Gasset. Se trataba, de alguna forma, de recuperar la vieja y ya caduca identidad imperial. La actitud española en las Cortes de Cádiz en 1812 y la de la Primera República indican que así fue, aunque se diese ya en otro contexto, ya propio de los nuevos imperios europeos que siguieron y desplazaron al español en el siglo XVII.

Por lo que se refiere a la América española, una vez alcanzada su independencia su preocupación central fue borrar una identidad que consideraba le había sido impuesta adoptando otra. Nada había en el propio pasado, como lo había en España, que permitiese hacer del mismo un modelo de futuro. "Cuando las águilas francesas —escribe Simón Bolívar— sólo respetaron los muros de

la ciudad de Cádiz y con su vuelo arrollaron los frágiles gobiernos de la Península, entonces quedamos en la orfandad".² ¿Por qué fue así? Porque los hispanoamericanos, al ofrecer su solidaridad a la España agredida por Francia, sólo habían encontrado el rechazo de la misma España que se negaba a reconocer con los americanos otra relación que no fuese la de dependencia, indiscutida subordinación. Vano había sido que los hispanoamericanos se insubordinasen contra el poder extranjero impuesto a España al grito de "¡Viva Fernando VII!". Esta gente, fue la respuesta, no podía hacer otra cosa que callar y obedecer. "Los americanos —sigue Bolívar— en el sistema español que está en vigor, y quizá con mayor fuerza que nunca, no ocupan otro lugar en la sociedad que el de siervos propios para el trabajo, y cuando más, el de simples consumidores". Igual decepción sentirían en nuestro tiempo los llamados pueblos del Tercer Mundo que ayudaron, con su sangre y bienes, a las llamadas naciones libres para vencer al nazi-fascismo e imperialismo japonés, para que una vez vencidos éstos se negasen a reconocer y concederles las mismas libertades que el totalitarismo vencido había negado. Los pueblos de la América española quedaban así en la orfandad, no porque ellos hubiesen rechazado a España, sino porque los españoles se negaban a verlos como sus iguales. El modelo a realizar, el arquetipo de futuro, había entonces que buscarlo fuera de un pasado pura y simplemente infamante.

Alcanzada la emancipación política, la inteligencia de la América española empezó a hablar de la necesidad de una nueva emancipación, que llamaron "emancipación mental". Había que hacer de estos pueblos en América naciones semejantes a las que habían surgido en la Europa occidental y en los Estados Unidos al norte de esta misma América. Tenían que hacer suya la ciencia, la técnica, las constituciones, leyes, hábitos y costumbres de esos pueblos eliminando las heredadas de la España imperial. Pero ¿no era esto lo mismo que en España pretendían hacer los españoles que querían rebasar la decadencia? Sí, pero con otra intención, con otro espíritu. Los españoles para recuperar, de alguna manera, lo que habían sido; los hispanoamericanos para ser distintos de lo que habían sido, para no ser medios de progresos ajenos. Los primeros acaso para volver a instrumentar pueblos, los segundos para no volver a ser instrumentados.

² Simón Bolívar, "Carta de Jamaica", *Cuadernos de Cultura Latinoamericana*, México UNAM, 1978.

¡Ser como Francia! ¡Ser como Inglaterra! ¡Ser como Alemania! ¡Ser como los Estados Unidos!, será el grito que se escuche a uno y otro lado del Atlántico, pero con distintas intenciones. Unos para recuperar identidad, otros para crear identidad. ¡Seamos los Estados Unidos de la América del Sur!, grita Domingo Faustino Sarmiento en la Argentina. ¡Seamos los yankees de la América del Sur!, reclaman el argentino Alberdi y el mexicano Justo Sierra. Un reclamo que hace urgente la presencia de un nuevo imperialismo, los Estados Unidos. Era éste el modelo a seguir. Ser como ellos o ser como Europa para salvar a los pueblos colonizados por España. En cuanto a lo español, borrar toda herencia impuesta, tanto racial como cultural. Domingo Faustino Sarmiento plantea la disyuntiva ¿civilización o barbarie?, y barbarie es, precisamente, todo el pasado con el que contaban los hispanoamericanos. El pasado español ya fuera de la historia, el primitivo pasado indígena y el servil pasado africano y la mezcla de todo eso. Será menester un lavado de sangre y de cerebro. Lo primero mediante una fuerte inmigración anglosajona que haga por la América del Sur lo que ha hecho por la América del Norte; el segundo mediante la adopción del positivismo y el utilitarismo que permitiesen formar hombres prácticos que hiciesen de sus pueblos naciones semejantes a las europeas y a los Estados Unidos. Borrar todo pasado, arrancar el pasado colonial impuesto tanto en la sangre como en la mente. Sólo así se evitará volver al mismo pasado al que quisieran regresar los españoles.

Se llega así a 1898. Este movimiento representa, escribe Gaos, "entre el momento inicial que puede cifrarse en la fecha 1810 y el eventual momento final, un momento intermedio de importancia singular, el que corresponde al año 98. El 98 data a un acontecimiento de importancia máxima en la historia de España, y de la América española: el fin del imperio español". La aventura imperial iniciada el 12 de octubre de 1492 llegaba a su fin; las últimas colonias españolas en ultramar, en el Caribe y el Pacífico son arrancadas a España. Lo que era un movimiento de liberación semejante al resto del Continente hispanoamericano se convierte en el inicio de otra aventura imperial, la de los Estados Unidos de Norteamérica. Con ello la recuperación del viejo pasado imperial pasa a la historia, ya que otro imperio, más joven y fuerte, rebasa al español y pronto rebasará a todo el imperialismo europeo. "En el 98 —dice Gaos—, al hacerse independiente de la metrópoli la última colonia, no sólo se hacía independiente ella de la metrópoli: *ipso facto* hacía independientes decisivamente consigo a las antes tam-

bién colonias y a la metrópoli misma del pasado común terminando con el imperio en la misma forma en las colonias y en la metrópoli''. Otro deberá ser ya el proyecto de una España sin colonias y sin ninguna posibilidad de recuperación de las mismas. Este será rebasar los Pirineos, reintegrarse a Europa, volver a ser parte activa de la misma. Un proyecto que se considera que la expansión ultramarina había anulado: europeizar a España. Hacer suyo el espíritu de la Francia republicana y la Alemania de las grandes metafísicas y ciencias. La generación española del 98, en algunas de sus expresiones, hace patente su afán por negar el ya inútil pasado imperial español, pero también por olvidar la pesada carga del imperio, las colonias que él mismo originó. Pedro Laín Entralgo ha descrito el problema que se plantea a la generación española de la derrota imperial frente al otro imperialismo.

Habrán entonces que volver sobre sí mismos, descubrir la oculta identidad que el imperio cubrió a lo largo de los siglos. Miguel de Unamuno, poco tiempo antes de la derrota, en 1895, escribía: "España está por descubrir y sólo la descubrirán españoles europeizados". Otra vez la vieja preocupación de los Feijoo en el XVIII, pero ahora precipitada por el fin de la era imperial. Pío Baroja con brutal rechazo del pasado imperial y colonial escribe: "Hemos purgado el error de haber descubierto América, de haberla civilizado más generosamente de lo que cuentan los historiadores extranjeros con un criterio protestante imbécil". "España ha sido durante siglos un árbol frondoso, de ramas tan fuertes, tan lozanas, que quitaban toda la savia del tronco". "Se han perdido las colonias; se han podado las últimas ramas y España queda como el tronco negruzco de un árbol desmochado".³ ¿El mismo sentimiento de orfandad que describe Bolívar al término del coloniaje? La América española, para superarlo, buscará al otro lado del Río Bravo y al otro lado del Atlántico, en la Europa más allá de los Pirineos, el modelo que supere el colonial anulado. España también hará lo mismo, su inteligencia buscará al otro lado de los Pirineos el complemento de una identidad ya puesta en crisis. Y en este empeño repetirá muchos de los esfuerzos hispanoamericanos por ser distintos de lo que eran, por rebasarse y negarse a sí mismos, una tarea que señala José Gaos como imposible.

1898 ponía en entredicho el pasado imperial y con él el mundo que éste había originado allende el Atlántico. Para la europeiza-

³ Pedro Laín Entralgo, *España como problema*, Madrid, Aguilar, 1956.

ción de España era pesada carga ese pasado, tanto el imperio anulado como el abigarrado mundo que éste había originado. Se ponía también en entredicho toda una parte de la historia iniciada el año 711 en que el moro Tarik empezó la conquista de la Península y con ella la mestización de razas y culturas que los mismos españoles mestizados completarían y ampliarían en la América con la que se encontró Colón en ese 12 de octubre de 1492. Esta mestización, concebida como yuxtaposición de razas y culturas, será el problema a resolver de la emancipada América Ibero y de la España empeñada en definir otra identidad que no fuese la puesta en crisis por la derrota. Preocupación angustiosa ya expresada en la Carta de Jamaica de Simón Bolívar, como lo estará en las *Meditaciones* del heredero de la Generación del 98, José Ortega y Gasset. Bolívar se siente desgarrado entre lo americano y lo europeo, lo indígena o africano y lo español. Ortega entre la Europa latina, del Mediterráneo, creada por Roma, y la Europa germana del Sacro Imperio. Ambos obligados a elegir, obligados a amputar. Algo a que ambos se resisten. Para Ortega potenciar lo europeo es potenciar lo germano. "Mi alma es oriunda de padres conocidos —dice—; yo no soy sólo mediterráneo. No estoy dispuesto a confinarme en el rincón ibero de mí mismo. Necesito toda la herencia para que mi corazón no se sienta miserable". "¿Por qué —pregunta— el español se obstina en vivir anacrónicamente consigo mismo? ¿Por qué se olvida de su herencia germánica?". Superar lo latino, lo mediterráneo, será superar, nada más y nada menos que la barbarie. "Detrás de las facciones mediterráneas —dice Ortega— parece esconderse el gesto asiático o africano, y en éste —en los ojos, en los labios asiáticos o africanos— yace como adormecida la bestia infrahumana presta a invadir la entera fisonomía".⁴ Ortega recuerda la actitud del argentino Sarmiento ante la Civilización y la Barbarie, salvo que Ortega tratará sólo de conciliar su ineludible y multifacética identidad con el racionalismo metafísico germano. El pasado español, que no está ya en el Imperio, puede ser recuperado mediante la europeización de España a través de lo que parece ser lo más destacado de ésta, el germanismo.

1898 tendrá para la América española otro sentido. La ruptura con el pasado colonial español iniciada en 1810 se cierra pero en otra dimensión, la de la solidaridad hispana, la solidaridad propia

⁴ José Ortega y Gasset, *Meditaciones del Quijote*, en *Obras completas*, Madrid Revista de Occidente, 1946.

de pueblos que crean comunidades y no sociedades resultantes de contratos renovados en función de intereses. En los mares caribeños y filipinos había quedado hundido el Imperio. Hundido por el mismo agresor que en América amenaza a toda la América que se llamó a sí misma latina para distinguirse de la agresora sajona. México había sabido de la agresión en 1847, como Centroamérica en 1854. La agresión a la España imperial era sólo expresión del nacimiento de un nuevo y poderoso imperio que los hispanoamericanos se negaban a aceptar. Latinoamérica se solidariza con España, pero no con el imperio, y en esta solidaridad sus pasadas y aún latentes guerras de independencia son vistas como guerras civiles. Guerra entre hispanos, entre iberos, para afirmar la dignidad humana que no puede ni debe ser regateada. La América Latina, como España en ese 1898, vuelve también los ojos sobre sí misma, sobre su pasado, pero no ya para negarlo u olvidarlo como fuera últimamente intentado a lo largo del siglo, sino para afirmarlo.

De nordomanía califica el uruguayo José Enrique Rodó el afán por hacer de esta América otros Estados Unidos pretendiendo aceptar simplemente la hegemonía de los creadores del modelo así adoptado. Hay que volver al pasado, pero no al pasado colonial impuesto por España, sino al pasado español que originó la lengua, cultura, hábitos y costumbres propios de la región. El cubano José Martí se sabe español como sabe a España suya a pesar de la arrogancia imperial que ha impedido a los españoles ver en otros a sus semejantes. Lo extraño, lo ajeno a esa identidad que ha de ser recobrada es lo que amenaza a la región, que ya la ha golpeado y que con su triunfo sobre el imperialismo español anuncia su propio triunfo y expansión. La aventura imperial iniciada en 1492 queda así terminada en 1898 y con ello se inicia la que puede ser la integración de la parte de la humanidad que ha hecho del mestizaje signo de riqueza y no de rebajamiento. La unidad de lo múltiple que la América bajo dominio hispano hace suya adoptando el calificativo de latina. No lo latino como oposición a España, sino como oposición al nuevo imperialismo calificado de sajón. Lo latino como expresión del espíritu que permitió a la antigua Roma crear un imperio en el que se encontraban las diversas razas y culturas que poblaban el Mediterráneo, tanto las europeas como las asiáticas y las africanas. La latinidad que levanta panteones donde todos los dioses podían ser objeto de culto y con ellos las culturas y hombres de los que eran expresión. Por lo latino, dice José Vasconcelos, los hispanoamericanos recuperaban a España. La sangre vertida en las gue-

rras de independencia impedía aún adoptar el calificativo de hispanos, pero será a través de lo latino, que incluía tanto al español, como al africano y al indio, que se recuperaba a España. Ya no se trataba de optar, de elegir, sino de asumir lo que se era y a partir de esta asunción ampliar una identidad en la que podían encontrar su sitio todas las expresiones de lo humano.

La historia ha continuado su marcha. Estamos ya a punto de finalizar el siglo xx y se recuerdan, festejan o conmemoran momentos estelares de esta ya ineludible historia. El 12 de octubre de 1492 es parte de este recuerdo, conmemoración y reflexión. Fue el inicio de la aventura imperial de España que ahora es parte de la aventura del hombre por reconocer y hacerse reconocer. Quinientos años de historia que no pueden ser cambiados, pero sí servir como experiencia para el ineludible futuro del hombre. Ese 12 de octubre de 1492 las que fueran historias regionales de Europa, Asia, África y América se encontraron originando lo que ahora llamamos historia universal. Más allá del descubrimiento, la conquista y la colonización está el mundo que originaron para ser rebasadas. La historia del mestizaje en el que la ineludible universalidad, pluralidad de lo humano puede ser integrada sin negar sus múltiples expresiones. Conciencia de la universalidad en la pluralidad, en el ser distintos unos hombres de otros, unos pueblos de otros; pero no tan distintos que no sean semejantes entre sí por esa su diversidad como concreción de lo humano. Lo humano en sus diversas expresiones

Cinco siglos después, en 1992, España se reintegra a Europa; en realidad nunca estuvo fuera de ella, se la reconociese o no como tal. Se prepara a ser parte de una comunidad en la que la diversidad de que hablamos es extraordinariamente obvia. Pero no tan diversa que no pueda integrarse en la búsqueda de metas comunes. El proyecto latinoamericano de integración política, ya que cultural y racialmente está integrada, sigue aún siendo un sueño, una esperanza que tendrá que ser pronto realizada por los hombres y los pueblos que han de trascender sus ineludibles diferencias en lo que les es común más allá de las mismas. ¿Por qué no también América Latina? Es de esperarse que la ya pronta oficialización de la integración europea no separe a España de la otra parte de su ineludible identidad. No para que Latinoamérica sea a su vez parte de Europa, sino para que sin serlo considere a esa Europa como parte ineludiblemente suya. Con tal fin habrá que superar arrogancias y rencores para que lo que España busca en Europa y Latinoaméri-

ca en América sea también posible entre continentes, entre los diversos pueblos que conforman la que llamamos globalmente humanidad.